

—Depende. Me has descrito con todo detalle, pero en las demás descripciones que has hecho, faltan todos los detalles.

Me sorprendió. Siempre me había parecido que me fijaba mucho en todo, que no se me escapaba nada.

—Por ejemplo, en la reunión de ayer se te pasaron por alto dos cosas que pueden ser importantes. Me refiero a la reunión de las sugerencias, la de las cinco clasificaciones de papeletas.

Permanecí en silencio.

—Los escritos más importantes eran los del primer grupo, los que el director consideró rechazables, que no valían nada.

—Los de los insultos y las bromas.

—Exacto. Cuando se abre una investigación, no se pueden olvidar las manchas de sangre porque ensucian las sábanas. El arma del crimen a menudo se echa a la alcantarilla o a la basura...

—Entiendo.

—Había una copa dibujada entre rayos resplandecientes, ¿te acuerdas?

—Sí... una especie de caricatura.

El inspector se sacó un papel arrugado del bolsillo y me lo mostró. Era la copa resplandeciente. El policía, pensé, había rebuscado en la basura.

—Fíjate bien. ¿Es una copia de la que estaba en la vitrina? ¿Es la copa internacional ganada en París que has visto miles de veces?

—Sí, nunca he visto otra como esta. Una *U* arriba, montada sobre otra *U* invertida debajo, como un pedestal.

El inspector señaló con el dedo unas letras que había en el centro de la parte superior.

—¿Las iniciales también?

—No me había fijado nunca en ellas. Sé que había tres iniciales, pero creía que correspondían a los ganadores o al nombre del equipo..., algo así.

—Una *e* y dos *e*s.

—Liga Equipos Escolares —me salió fácil.

—Lealtad. Esfuerzo. Eternidad —me corrigió el inspector—. El lema que dijeron que el director no cumplía, ¿te acuerdas?

Me quedé de una pieza. ¿Cómo era posible que el detalle se me hubiera escapado? ¿Cómo era posible que una cosa así se nos hubiera escapado a

Robar las copas, destrozar los retratos, son acciones de guerra relámpago, rápida, divertida, tranquila, sorprendente..., como una broma inocente para llamar la atención. Podrían ser ellos, pero no hay que olvidar que se trata de abuelos, y ya no tienen edad para ese tipo de acciones.

—Pero... ¿y el asalto a las oficinas de la federación?

—Eso no cuadra nada con su forma de actuar. No es su estilo. No lo entiendo.

—¿Cómo te has enterado? ¿Quién os ha avisado a ti, a tu padre, al director, a todos los que habéis ido a ver el desastre?

—Una llamada del policía que tenéis en la comisión, el inspector Arveja, a primera hora de la mañana informando del suceso. Los vecinos han dado la voz de alarma a la policía y el inspector Arveja ha llamado a mi padre.

—¿Qué tiene que ver tu padre con todo eso?

—Es el presidente de la compañía de seguros. Las oficinas e instalaciones de la federación están aseguradas contra cualquier daño o accidente por la compañía de mi padre. Y ese inspector Arveja ha

visto en la pared del edificio la placa metálica con el nombre y la dirección de la aseguradora.

—¿Y tu padre te ha llamado a ti?

—Es que me he puesto yo al teléfono porque todavía estaba trabajando en el ordenador. Le he despertado y le he acompañado, porque después de lo encontrado en la web todo me olía a chamusquina.

—¿Y qué te han parecido los destrozos? ¿Quiénes estaban allí?

—Solo me he quedado un rato porque no me han permitido perder más clases. Estaba todo revuelto, las puertas forzadas, los cristales rotos, los armarios abiertos, los archivos vaciados... Un desastre. El inspector Arveja y un par de policías se han quedado investigando. No sabían si se trataba de chorizos o de alguien que sabía a lo que iba. Parece que han actuado con mucha rapidez. Un ataque relámpago. Solo estábamos mi padre y yo, el inspector Arveja, el director y los policías.

—¿A qué te referías con el mensaje la Noche de los cuchillos largos?

—Es el último mensaje que han mandado a los socios de La Copa sagrada. Un aviso a todos que